

Candil ^{de} la calle
oscuridad ^{de} su casa
*L*a iluminación
en la Ciudad de México durante el porfiriato

Lillian Briseño

Prólogo
Eugenia Meyer



TECNOLÓGICO
DE MONTERREY.



Prólogo

Iluminar la vida

Eugenia Meyer

Desde el fulgor del amanecer, desde el levante hasta el ocaso del sol, cuando irrumpe la oscuridad, la vida humana y la animal se han regido por el fenómeno de la luz. Luz que calienta, luz que descubre, luz que ilumina, luz que nos permite descubrir, conocer e identificarnos con el universo.

Los tiempos, las estaciones, la vida cotidiana estuvieron siempre marcados por la luz y las sombras. Las diversas civilizaciones han contemplado estos fenómenos naturales para determinar sus formas de vivir y de actuar.

De cara al oriente y al poniente, la humanidad ha regido sus acciones públicas de acuerdo con el ritmo de la luz. Fue en la oscuridad de la noche cuando los hombres descubrieron en el fuego una primera forma de alumbrar su entorno. Del esfuerzo individual y colectivo surgieron diversas maneras de irradiar luz en los espacios diversos, entre la gente y los objetos de su vida, y con ello luchar contra las tinieblas. Con velas, aceite, resinas, gas o petróleo se fueron encendiendo las farolas, que brindaron una mirada diferente de la cotidianidad social, de lo público y lo privado. Y, al fin, como producto del ingenio y la inventiva humanos, llegó la energía eléctrica y, con ello, un cambio radical en los usos y las costumbres. Encender, esclarecer, destellar, irradiar o abrillantar el ambiente se convirtieron en una necesidad fundamental. En las ciudades primero, en los pueblos después, la modernidad que significó la energía y luz eléctricas vino a transformar y a trastocar las vivencias individuales y colectivas.

Para el caso de México, fue durante el porfiriato, caracterizado en su denodado esfuerzo por acceder a esa modernidad, cuando

se introdujo el reciente invento que producía la energía eléctrica. Cuándo, cómo y por qué sucedió esto en la capital del país son interrogantes que era necesario rescatar, para con ello incidir en la historia social y, por ende, en la de las mentalidades.

Luego de un loable empeño por escudriñar en los restos culturales de ese pasado, Lillian Briseño nos ubica e introduce en los vericuetos del comportamiento de los mexicanos de la ciudad de México ante la instalación del alumbrado público, la llegada de la energía eléctrica a ciertos comercios y negocios, y más tarde a los hogares de algunos privilegiados ciudadanos. A fin de cuentas, de lo que se trató, sin duda, fue de un largo proceso de cotidianidades que de pronto confrontan rupturas fundamentales en la forma de ser y de hacer, de pensar y de sentir.

En efecto, como muestra la autora, con el impacto que representó la llegada de la energía eléctrica y un nuevo tipo de iluminación los mexicanos se vieron insertos en una nueva cultura, la de la luz, que trajo consigo una deconstrucción social y un reacomodo de formas de vida, de costumbres y de prejuicios. Ver y observar, compartir y ceñirse a nuevos cánones con la intrusión de esa luz oportuna o indiscreta, a veces develadora, otras acusadora de formas de vida, de conceptos morales, de resabios del pasado, en relación con las condiciones prevalentes en una sociedad profundamente dependiente del hacer y decir, derivados de ancestrales preceptos morales y éticos que dictaba la religión católica.

Empieza entonces el combate contra las tinieblas; cuando la noche resplandece, obliga a hombres y mujeres a cambiar sus formas de vida, sus hábitos, sus costumbres. Y así, la cotidianidad se ve trastocada por una ruptura que modificaría el escenario capitalino y luego el nacional. Porque no hay que olvidar la permanente relación de la luz con lo positivo, en tanto que la oscuridad siempre ha estado vinculada con la parte sombría de la vida: las horas negras, las noches blancas...

¡Ay de los poetas que tuvieron que cambiar sus formas y estilos de expresión!

¿Cómo referirse desde entonces a la mujer amada, cuya mirada se esfumaba en la negra noche y, de pronto, sorprendentemente, era descubierta por el resplandor que daban en la noche esos soles producidos por un maldito cable?

¿Cómo resolvieron los amantes el desafío de transgredir la noche en su ejercicio amoroso; prodigarse caricias, antes resguardadas bajo la cómplice oscuridad, cuando tuvieron que enfrentarse al látigo y el resplandor de los haces de luz, provenientes de los faroles de las calles de la capital, que dejaban atrás la protección y el sigilo de los oscuros callejones que los ocultaban de miradas indiscretas?

Un punto y aparte, una atención particularísima, merece el análisis de la vida íntima de las parejas, ya que con la intensidad de la luz eléctrica tuvieron que asumir y adaptarse a un cambio drástico en su privacidad. Fue así que se redescubrieron los cuerpos, se atrevieron también a maneras diferentes de conocerse y hasta de amarse.

Y qué decir de la cotidianidad, del tedio de los horarios trastocados por la indiscreta presencia de esa luminosidad; del trabajo, del ocio, del regreso a casa, del descanso, de las labores domésticas, de la lectura bajo la luz de la vela, el quinqué o la lamparilla, ahora sustituida por ese incandescente resplandor que lo cambiaba todo.

De ello trata este interesante y novedoso libro que ofrece y descubre fuentes inusuales con las que la autora nos introduce en un universo múltiple de recursos literarios –novelas, ensayos, diarios, crónicas o memorias–, así como periodísticos, en forma de notas informativas, crónicas o artículos. Y, a mayor abundamiento, recurre también a la iconografía: pinturas, grabados, fotografías e imágenes en movimiento, que permiten observar y llevar a cabo una “lectura” *sui generis* y valiosísima del entorno y los intérpretes del diario bregar, para con ello alcanzar la comprensión del significado que tuvo la luz eléctrica en la vida de los mexicanos de cara al siglo xx.

Se trata sin duda de un esfuerzo por hacer otro tipo de historia, más flexible, menos rígida, que recupere a los protagonistas anónimos, aquellos de vidas sencillas y visiones ordinarias que, por ello mismo, pasaron desapercibidos para los historiados-

res tradicionales. Y allí quizás es donde reside el valor y la posibilidad de hacerla accesible y comprensible a un público no especializado, que de pronto puede verse inmerso en la fascinante aventura de tratar de comprender ese mundo iluminado y recuperar los tiempos marcados por la luz.

Es una forma distinta de historiar en la cual lo social, lo particular y lo cotidiano adquieren nuevas dimensiones; es una manera diversa de concebir el pasado y de acercarlo al presente, a partir de una práctica historiográfica, la de la microhistoria. Se significa, sin duda, como un esfuerzo por valerse de formas diferentes, concretas y detalladas de estudiar, entender, comprender y explicarse ciertos aspectos del comportamiento humano; sus constantes, sus rupturas.

Dejando de lado las ortodoxias establecidas, el historiador se inserta en un debate más cultural que político y se pronuncia por rescatar las acciones sociales, resultantes de la necesidad sustantiva de indagar, para luego analizar la diversidad del pensamiento, de las opiniones y actitudes, al tiempo que se busca la pluralidad de interpretaciones posibles contenidas en un universo de ambigüedades y simbolismos.

Para llegar a puerto seguro, la autora se vio obligada a reducir su objeto de estudio a un nivel casi microscópico tras el rescate heurístico, lo que le permitió integrar en un sólido *corpus* la esencia de su tarea analítica. Todo ello impone una acción de racionalidad que toma en cuenta al pequeño indicio como paradigma científico, a fin de resignificar con ello el papel de lo particular, sin negar lo social.